



sus mandatos, siendo el rey D. Fernando, por lo tanto, el que ménos motivo de queja podia tener contra su general.

Después de salir de Génova, la real escuadra, combatida por vientos contrarios, fué arrojado al puerto inmediato de Portofino, en donde recibió D. Fernando nuevas que le prometían un cambio completo de su suerte. Eran estas la muerte de su yerno, el jóven monarca de Castilla.

Este suceso, tan inesperado como terrible, fué ocasionado por una fiebre producida por el ejercicio demasiado violento del juego de pelota, á que se entregó Felipe, después de un convite con que su favorito Manuel le obsequiara en Búrgos, en donde la córte se encontraba. Dijo que por impericia de sus médicos, que no le sangraron, se agravó la enfermedad rápidamente, y al sexto día de haber caído enfermo, que fué el 25 de Setiembre de 1506, rindió su último aliento el archiduque. Hallábase á la sazón en los veintiocho años de su edad, y de ellos sólo había gozado, ó sufrido, *los adorados afanes* de la soberanía por espacio de poco más de dos meses, desde su reconocimiento por las Cortes. Su cuerpo, después de embalsamado, permaneció expuesto públicamente durante dos días, adornado con el aparato de la majestad, mejor dirémos, de la irrisión de la majestad, que no había sido ésta otra cosa para él, y después fué depositado en el convento de Miraflores, cerca de Búrgos, para ser desde allí trasladado á Granada, como él había dispuesto.

El archiduque Felipe era de mediana estatura, de color blanco y sonrosado, facciones simétricas, cabello largo y caído y de cuerpo bien proporcionado, y se distinguió, en efecto, tanto por la belleza de su persona y rostro, que es conocido entre los reyes españoles por el nombre de Felipe el Hermoso. Sus prendas intelectuales no eran tan extraordinarias, y el padre de Carlos V, no tuvo, puede decirse, una sola de las cualidades que adornaron á su ilustre hijo. Era su carácter imprudente é impetuoso, franco y descuidado, y como había nacido con grandes esperanzas y se había acostumbrado á mandar desde muy niño, parecía que se hallaba dominado por una ambición pre-

matura y sin medida, impacientándole toda oposición ó advertencia. No carecía de generosidad, y áun de magnanimidad, pero se dejaba arrastrar por los impulsos del momento, ya fuese para el bien ó para el mal, y como era naturalmente indolente y amigo de los placeres, muy gustoso entregaba el peso del gobierno á manos de otros, los cuales, como suele suceder, pensaban más en sus intereses privados que en el público. Su primera educación le había eximido de la superstición característica de los españoles, y si hubiera vivido habría hecho mucho para mitigar los terribles abusos de la inquisición; pero su temprana muerte le privó de la ocasión de compensar, con este sólo acto, los infinitos daños que causó con su gobierno.

Este suceso, demasiado improbable para que pudiera haber entrado en los cálculos de los políticos más perspicaces, produjo general consternación en todo el país. Los antiguos partidarios de D. Fernando, con Cisneros á la cabeza, esperaban ahora con confianza que sería restablecido en la regencia; otros muchos, como Garcilaso de la Vega, cuya lealtad á su antiguo dueño no había podido resistir á la prueba de la adversidad, miraban este acontecimiento con algun temor; y por último, los que desde un principio habían encadenado públicamente su suerte á la de Felipe, como el duque de Nájera, el marqués de Villena, y sobre todos el favorito Juan Manuel, veían en él su ruina cierta, y volvían sus pensamientos hácia Maximiliano, ó el rey de Portugal, ó cualquiera otro monarca, en fin, que por sus vínculos con la familia real tuviera un pretexto plausible para intervenir en el gobierno. La noticia de la muerte del jóven rey de Castilla hirió como un rayo á sus secuaces flamencos, y en su deslumbramiento parecían hambrientas aves de presa que, después de espantadas, permanecen todavía revoloteando al rededor del cadáver ya medio devorado.

Los hombres de talento y la opinion general estaban, indudablemente, del lado del rey, porque el caudillo más formidable de la oposición, Manuel, había perdido mucho de su prestigio en la nación, durante el breve pero desastroso período de su gobierno, al paso que el



arzobispo de Toledo, á quien podia considerarse como jefe de los partidarios de D. Fernando, reunía gran talento, constante energía y reconocida integridad, todo lo cual, unido al elevado puesto que ocupaba, le daban influencia sin límites sobre las clases todas de Castilla. Fortuna fué para España que en momentos tan críticos estuviese el primado en manos tan capaces: se justificaba ahora más y más la prudencia de doña Isabel en su elección, hecha, como se recordará, á disgusto de D. Fernando, y éste iba á recoger el mayor fruto que aquella produjera.

Este prelado, previendo la anarquía que se había de levantar en cuanto Felipe llegara á morir, reunió en su palacio á la nobleza, que se hallaba presente en la córte, el día ántes de que aquel desgraciado suceso tuviera lugar, y allí se convino en nombrar un consejo ó regencia provisional, que tomaría las riendas del gobierno, llegado el caso, y velaría por la tranquilidad del reino. Se compuso éste de siete individuos, presididos por el arzobispo de Toledo; siendo los otros el duque del Infantado, el gran Condestable y el almirante de Castilla, enlazados ambos con la familia del rey, el duque de Nájera, cabeza del lado opuesto, y dos señores flamencos. Ninguna mención se hizo de Juan Manuel.

Los nobles en otra reunión celebrada el día 1.º de Octubre, ratificaron estos actos, y se obligaron además á no intentar guerra alguna privada, á no tratar de apoderarse de la persona de la reina, y á emplear toda su autoridad en sostener al gobierno provisional, cuya duración se fijó hasta el fin de Diciembre.

Era preciso ahora reunir las Cortes para que diesen validez y fuerza á estos actos, y manifestasen la voluntad de la nación con respecto al arreglo definitivo del gobierno. Las opiniones se hallaban divididas, áun entre los amigos del rey, en cuanto á la conveniencia de convocar á aquel cuerpo en tan críticos momentos; pero el mayor obstáculo nacía de la negativa de la reina á firmar las cartas convocatorias.

La situación de esta desgraciada señora había llegado á ser verdaderamente deplorable. Durante la enfermedad de su marido, no se

había apartado un momento de su lado; pero ni entónces ni después de su muerte se la había visto derramar una sola lágrima. Hallábase sumida en un estado de estúpida insensibilidad, retirada en un oscuro aposento, apoyada en la mano su cabeza, y tan inmóvil y silenciosa como una estatua; y cuando se la instaba para que despachase las necesarias cartas convocatorias para la reunión de las Cortes, en las cuales era precisa su firma, sólo contestaba: «Mi padre entenderá en todo esto cuando venga; él está mucho más enterado que yo de los negocios; ahora no tengo otros deberes, que los de rogar á Dios por el alma de mi esposo.» Las únicas órdenes que se la vió firmar fueron para satisfacer sus salarios á los músicos flamencos; porque en su doloroso abatimiento encontraba algun consuelo en la música, á que desde la niñez había manifestado mucha afición. Las pocas frases que pronunciaba eran juiciosas y discretas, y formaban extraño contraste con la extravagancia general de sus acciones; y todo bien considerado, su obstinación en negarse á firmar cosa alguna produjo tanto bien como mal, porque evitó el que se hiciera uso de su nombre, como hubiera indudablemente sucedido en el estado que las cosas tenían, para objetos perniciosos y fines de partidos.

Viendo que era de todo punto imposible obtener la cooperación de la reina, el consejo resolvió, por último, despachar en su nombre las cartas convocatorias, como medida justificada por la necesidad. El punto de reunión se fijó en Búrgos para el siguiente mes de Noviembre, y se puso el mayor cuidado en que las diferentes ciudades enviasen á sus representantes con plenas instrucciones de sus deseos, con respecto á la organización definitiva del gobierno.

Mucho ántes de esto, inmediatamente después de la muerte de Felipe, Cisneros y sus amigos habían enviado letras al rey Católico, notificándole el estado de los negocios, é instándole para que volviera desde luégo á Castilla. D. Fernando las recibió en Portofino; pero resolvió, no obstante, continuar su viaje á Nápoles, en el cual se hallaba ya tan adelantado. El astuto monarca juzgó quizás que los cas-





tellanos, de cuya adhesión á su persona tenía fundados motivos de desconfianza, estarían más dispuestos á recibir su gobierno, luego que hubieran probado las amarguras de la anarquía; y en su contestación, por lo tanto, despues de expresar brevemente un sentimiento decoroso por la prematura muerte de su yerno, y su ilimitada confianza en la lealtad de los castellanos á la reina su hija, indica con gran prudencia que sólo conserva recuerdos agradables de sus antiguos súbditos, y promete que pondrá toda la posible diligencia en arreglar los asuntos de Nápoles, para volver inmediatamente á Castilla.

Despues de esto, continuó el rey su marcha; y habiendo tocado en diferentes puntos de la costa, en todos los cuales fué recibido con gran entusiasmo, llegó, hácia fines de Octubre, al frente de la capital de sus nuevos dominios. Todos ansiaban, dice el gran historiador toscano de aquella época, contemplar al príncipe que tan alta reputación adquiriera en toda Europa por sus victorias, así contra el infiel como contra los cristianos, y cuyo nombre era en todas partes respetado, por la prudencia y equidad con que en su reino gobernara, y esperaban, por lo tanto, su llegada, como un suceso de la mayor importancia, no sólo para Nápoles, sino para la Italia entera, en donde su presencia y autoridad tanto podían contribuir á extinguir las contiendas intestinas, y á establecer una tranquilidad permanente. En Nápoles, especialmente, se hallaban ébrios de alegría por su llegada; hicieron los más espléndidos preparativos para recibirle; salió á esperarle una flota de veinte naves de guerra que le condujo al puerto; y cuando pisó la tierra de sus nuevos dominios, pobláronse los aires con las aclamaciones populares, y con las estrepitosas salvas de la artillería de las fortalezas que coronaban la ciudad, y de la brillante armada que en sus aguas flotaba.

El fiel cronista cura de los Palacios, que desempeña generalmente en estas ocasiones el oficio de maestro de ceremonias, se extiende con gran complacencia al hablar de las circunstancias de esta fiesta, dando los detalles más minuciosos acerca de los trajes que los reyes y

su nobleza vestían. Según él, D. Fernando llevaba un largo manto de terciopelo carmesí, forrado de raso del mismo color, y cubría su cabeza un birrete de terciopelo negro, guarnecido con un rubí resplandeciente y una perla de precio inestimable: montaba un hermoso corcel blanco, cuyos brillantes jaeces deslumbraban la vista con su esplendor; á su lado cabalgaba su joven esposa, en un palafren también blanco, con vestido de rico brocado, y manto ó capa á la francesa, sujeta sencillamente con broches de oro de primorosa labor.

En el muelle fueron recibidos por el Gran Capitán, el cual, rodeado de su guardia de albarderos, y su vistoso séquito de pajes que en sus trajes de seda llevaban la divisa de su señor, desplegó en esta ocasión toda la pompa y magnificencia de su palacio. Despues de pasar por debajo de su arco de triunfo, donde juró D. Fernando respetar las libertades y privilegios de Nápoles, los reales esposos continuaron su marcha bajo un precioso dosel, sostenido por los regidores de la ciudad, al mismo tiempo que llevaban las riendas de sus caballos algunos de los nobles principales, y les seguían los otros señores y caballeros del reino, con el clero y los embajadores que allí habían acudido de todas partes de Italia y de Europa, con el objeto de presentar parabienes y regalos de sus cortes respectivas. Cuando el cortejo hacia alto en los diferentes puntos de la ciudad, era saludado con alegres músicas por brillantes reuniones de caballeros y damas, que hacían homenaje doblando la rodilla y besando la mano á sus nuevos soberanos; y por último, despues de atravesar por las calles y plazas principales, llegó el vistoso cortejo á la catedral, en donde se concluyó devotamente la ceremonia, con solemnes oraciones y gracias al Todopoderoso.

D. Fernando economizaba el tiempo demasiado para que quisiera consumirle en vanas y pomposas ceremonias; pero su corazón reboaba de alegría al contemplar la magnífica capital puesta de aquel modo á sus plantas, y prorumpiendo en las más vivas expresiones de lealtad, por más que se hallase muy dispuesto á no confiar en ésta. A pesar de su im-



paciencia, por lo tanto, no quiso apagar este entusiasmo acortando las horas de placentera alegría; y así, despues de concederle el tiempo suficiente, se consagró con toda asiduidad á los grandes objetos de su viaje.

Convocó un parlamento general del reino, en el cual, despues de su reconocimiento, fueron jurados por sucesores su hija doña Juana y su descendencia, sin hacer mención alguna de los derechos de su esposa. Esto era eludir manifiestamente su tratado con Francia; pero D. Fernando, aunque tarde, conoció muy bien la locura de pacto semejante, por el cual se aseguraba á esta corona la reversion del dote de su mujer, y no quiso, por esta razón, que recibiera sanción alguna de los napolitanos.

Con mejor fe cumplió otra de las cláusulas del tratado, no ménos desastrosa, ciertamente, que la anterior, á saber: el restablecimiento de los señores angevinos en sus antiguos heredamientos, la mayor parte de los cuales se habían repartido, como queda dicho, entre sus partidarios españoles é italianos, cosa que había de producir naturalmente extraordinarias dificultades y vejaciones. Cuando se podía poner alguna falta ó impedimento al derecho de los antiguos propietarios, se eludía la restitución: cuando no, se sustituía ésta, si es posible, con la concesión de otras tierras ó dinero;

pero las más de las veces los poseedores aragoneses tenían que recibir un equivalente, que tal vez no se calculaba con mucha escrupulosidad. Para verificar esto, el rey se vió precisado á sacar cuantiosas sumas del erario real de Nápoles, y á conceder también, generosas mercedes de tierras y rentas en sus dominios de Aragón, y como todo esto no bastase, tuvo, por último, que apelar al recurso de llenar el déficit del erario imponiendo grandes contribuciones á sus nuevos súbditos.

El resultado, aunque sin mediar violencia ni desórdenes, no agradó á ninguna de las partes. Los angevinos pocas veces recibieron todo lo que pretendían: los leales partidarios de Aragón vieron arrancados de sus manos, para pasar á las de sus enemigos, los frutos de tantas y tan terribles batallas; y por último, los infelices napolitanos, en vez de los favores y privilegios que, como es natural, esperaban de su nuevo rey, se vieron agobiados bajo el peso de mayores impuestos, que eran de todo punto insoportables, en el miserable estado en que se hallaba el país. Tan pronto se desvanecieron, como con tantas otras suele suceder, las halagüeñas esperanzas que hiciera concebir la presencia de don Fernando en su nuevo reino, y tales fueron los amargos frutos del imprudente tratado que con Luis XII de Francia celebrara.